

ermitaños (p. 40) y, claro está, el Conde-Duque. Puede interesar al sociólogo de la literatura, por lo que dice sobre los libros que solían ser seleccionados como acompañantes en un viaje en el siglo XVII. Y cabe señalar que en este momento inmediatamente anterior a la publicación de *El discreto* de Baltasar Gracián (1646) es posible que vislumbremos a aquel personaje ejemplar en el cortesano (pp. 67-68), en el humanista y hasta en el soldado.

La densa anotación, barruntos de maestro de esgrima y todo, recibe la atención de Valladares, quien confiesa que la identificación no es a veces nada fácil. Se puede aventurar lo que sigue: *Carolus Estefeno* (p. 99, n. 99) acaso sea Charles Estienne, cuyo *Dictionarium historicum* (1561) se manejaba hasta mediados del siglo XVII. El párrafo de Arriano (p. 253, n. 24) define a Alejandro Magno no tanto como verdadero rey, sino como ejemplar jefe de un ejército (*strategian*) por haber mostrado solidaridad con la sedienta tropa, rehusando el agua ofrecida. Dos notas de Pacheco se conectan con la *Digesta* de Justiniano: *L. Sexto Pomponio De negot. gest.* (p. 287) parece referirse a la cita de éste en *Digesta XIX, De actionibus empti venditi. Juven. Lib. Quis rerum divinarum sic heres* (p. 296, n. 227) acaso se refiere a Juvencio Celso y la cita que hace de él Ulpiano (*Digesta V: 3, 20, [6] De haereditatis petitione*), aunque allí no se habla de “herederos de cosas sagradas”, ni de cómo la costumbre se convierte en naturaleza y luego en enfermedad curable. Son del todo vagas las notas en materia religiosa, como apunta Valladares.

ALAN SOONS

Massachusetts Center for Renaissance Studies,
Amherst

VERÓNICA CORTÍNEZ, *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*. Estudios de Cultura Iberoamericana Colonial-Oak Editorial, México, 2000; 332 pp.

El propósito de esta nueva indagación de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Verónica Cortínez es doble. Primero, advierte la autora, se trata de un intento por desentrañar la originalidad de un texto ambiguo debido a las dificultades para clasificarlo en términos genéricos y a las estrategias discursivas de la narración (la incertidumbre y la relación ambivalente de Bernal con la autoridad y su conciencia de los límites del lenguaje y de las trampas de la memoria). El segundo propósito, extensión del primero, es situar la *Historia* de Bernal y otras crónicas coloniales en la trayectoria de la narrativa hispanoamericana de hoy en día, particularmente, en aque-

llos textos que conciben la Conquista como punto de partida para reflexionar sobre realidades más universales del hombre moderno.

Como señala Cortínez, Bernal figuró en la imaginación de los críticos del siglo XIX como el primer “historiador” que presentó la Conquista desde la perspectiva de los hombres comunes, y es innegable que su visión, tan profundamente personalizada, representó un documento de gran valor histórico. Al mismo tiempo, y desde la perspectiva de la crítica del siglo XX que ha puesto en tela de juicio la noción de la objetividad de todo relato histórico, Bernal ha llegado a tener también la distinción de ser considerado precursor de la nueva narrativa, hasta tal punto que Carlos Fuentes lo denomina el “primer novelista hispanoamericano”. Cortínez considera ambas vertientes con una precisión crítica excepcional que entra en diálogo con prácticamente todos los estudiosos del cronista desde el siglo XVII (Herrera y Tordesillas y Solís) hasta los principales teóricos coloniales de hoy en día (Walter Mignolo, Rolena Adorno). El hecho de que la *Historia verdadera* se desvíe de los modelos históricos y literarios de su época constituye, en efecto, una “memoria original” (p. 91).

Cuando Bernal Díaz se sienta a escribir la historia de sus experiencias, ya han sido publicadas y divulgadas múltiples versiones de la Conquista, y el viejo conquistador tiene que encontrar su espacio discursivo dentro de los límites impuestos por estos textos precursores. Mucho se ha hablado de los motivos de Bernal al querer publicar su versión de los hechos, generalmente en los términos, más prácticos, de alguien que se siente defraudado por el Imperio español. Pero, explica Cortínez, Bernal no ofrece “un simple testimonio de heroísmo”, lo suyo es un problema de esencia literaria (p. 18). Y en este relato íntimo de un mundo perdido hay algo profundamente conmovedor: “En el proceso de recordar y escribir se revela una vocación insospechada; la historia de Bernal, alejada de las convenciones, está marcada por el asombro y la nostalgia. Ante la muerte cercana, esa tentativa de capturar con precisión afectiva un tiempo remoto y un espacio misterioso vincula la *Historia verdadera* con los motivos tradicionales de la literatura” (p. 18). La crónica de Bernal, a diferencia de las de muchos de sus contemporáneos, explícitamente invoca a sus “curiosos lectores”, apelación más propia de Cervantes que de Cortés. Al mismo tiempo, Cortínez sugiere que aunque sin duda hay otras reminiscencias literarias en la obra de Bernal, lo que más llama la atención es la falta de modelos exteriores de retórica, insuficiencia que él lamenta repetidamente. Por consiguiente, la voz narrativa en la *Historia verdadera* marca su presencia de manera continua y prueba la veracidad de lo que cuenta ante el que lee su trabajo: “En lo que escribe, Bernal es un personaje en busca de autoridad” (p. 138).

Para Cortínez, aunque Bernal a menudo “percibe sólo lo que le conviene” en las intenciones de ciertas personas o recuerda mal lo

acontecido, no hay “significado ulterior” en sus descripciones históricas como muchos han querido imaginar. En una de las secciones más sugerentes del estudio, “Memoria y lenguaje”, Cortínez se detiene en la cambiante relación de Bernal con la memoria. Aun antes de terminar su obra, sugiere la autora, Bernal está consciente de que no va a lograr lo que, supuestamente, propone al comienzo: que las autoridades reconozcan y recompensen los servicios que el viejo conquistador brindó. Entonces su trabajo se vuelve más personal y se impone el segundo propósito de la *Historia*, refutar otras versiones de la Conquista (principalmente, la versión “oficial” de López de Gómara) y, quizás, simplemente, poner en palabras lo que recuerda. Pero el lenguaje no funciona de manera simple para Bernal, y esta carencia no se debe exclusivamente a sus deficiencias retóricas sino a las trampas de la memoria con las que tiene que lidiar al escribir muchos años después de los hechos. De nuevo, establece su autoridad y lo hace con exactitud laboriosa —si no siempre fiel— de nombres, fechas y lugares. El manuscrito original muestra que el viejo conquistador se empeñó en revisar su trabajo una y otra vez, hasta el final de su vida. Es más, una comparación de las dos versiones manuscritas revela que aunque su discurso diera la impresión de espontaneidad, sus preocupaciones al nivel del lenguaje también eran continuas. Esta insistencia hace más sorprendentes los errores del texto, como la relación de la Noche Triste que se contradice a sí misma. No obstante, para Cortínez, aunque Bernal se equivoque en “el cuándo, dónde y quién de las cosas”, su memoria capta “el dificultoso cómo de la historia” (p. 187). Es más, su inclusión de anécdotas personales, y al parecer triviales que describe en detalle, remite a una estrategia narrativa que procura comprobar la veracidad de su versión y, más importante, reconstruir el pasado en su totalidad por medio de las palabras.

El último capítulo examina la función del concepto de lo nuevo y de esta crónica en la construcción de una nueva narrativa hispanoamericana, en la revista *Mundo Nuevo* y, en particular, en el diálogo sostenido por Carlos Fuentes con Bernal en su narrativa y ensayos de los últimos veinticinco años. Para Cortínez lo que más destaca en el discurso de Bernal es su “excepcionalidad” y su “modernidad”. Aunque no intencionadas, las carencias de estilo y la fragmentación de la cronología en la *Historia verdadera* marcan el camino para lo que pondrán más tarde los novelistas de la segunda mitad del siglo xx. “Las involuntarias rupturas de Bernal —sostiene— conducen a un acto de voluntad en manos de Fuentes, quien escoge leer en esas imperfecciones una transgresión genérica, más aún, la semilla de una nueva tradición literaria” (p. 225). En *Valiente mundo nuevo*, Fuentes propone a Bernal como el primer eslabón en la tradición de la ruptura, noción que aparece concretamente en su obra al integrar los discursos marginados de la Colonia. Cortínez examina la noción del

“mundo nuevo” en este libro de ensayos, así como en dos de las instancias más importantes de esta recontextualización en la ficción de Fuentes: la segunda parte de *Terra nostra* y el relato “Las dos orillas” de *El naranjo*. La atracción del novelista por esa crónica en particular reside, posiblemente, en que está en los márgenes de la historia. No es casual que Fuentes también haya integrado considerable material de las crónicas indígenas que Miguel León-Portilla recopiló en *La visión de los vencidos*. Al incluir al soldado Bernal entre los vencidos, sospecha Cortínez, el novelista mexicano sugiere la noción de la Conquista como derrota compartida, y es así, afirma, que el viejo cronista abre una forma narrativa “cuyas libertades logran nombrar la complejidad cultural de este viejo Nuevo Mundo” (p. 294). Aunque Bernal haya fracasado en los propósitos más prácticos de su relato, su *Historia* se ha consagrado en las letras y la memoria de los mexicanos.

Aunque otros críticos han dedicado muchas páginas a las crónicas, son muy pocos los estudios eruditos que se han concentrado exclusivamente en la obra de Bernal Díaz del Castillo. Impecablemente organizado y escrito con elegancia, el análisis de Verónica Cortínez destaca por su admirable síntesis de trabajos previos, de una variedad de tradiciones y disciplinas, y por las nuevas lecturas que propone de un texto que ha fascinado y seguirá fascinando a los lectores de la Conquista.

KRISTINE IBSEN

University of Notre Dame

PEDRO DE MORALES, *Carta del Padre Pedro de Morales de la Compañía de Jesús. Para el muy reverendo Padre Everardo Mercuriano, general de la misma compañía. En que se da relación de la festividad que en esta insigne Ciudad de México se hizo este año de setenta y ocho, en la collocación de las sanctas reliquias que nuestro muy sancto Padre Gregorio XIII les embió*. Ed. de Beatriz Mariscal Hay. El Colegio de México, México, 2000. (*Biblioteca Novohispana*, 5).

La colección “Biblioteca Novohispana” pretende contribuir al rescate de textos fundamentales para entender el período colonial de las letras y, en general, de la cultura novohispana con ediciones tan valiosas como la de los *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas* de Fernán González de Eslava, a cargo de Margit Frenk, o la de *La portentosa vida de la muerte* de fray Joaquín Bolaños, realizada por Blanca López de Mariscal.

La importancia de la presente edición se debe, a mi juicio, a tres motivos que justifican plenamente la elección de la obra y la utilidad